

La autenticidad y crecimiento de la vida espiritual

La pregunta sobre dónde encontramos a Dios es importante en la experiencia cristiana y en la vida pastoral de la Iglesia. La fe nos enseña que Dios se deja encontrar en la oración y el silencio interior, en los sacramentos —de modo privilegiado en la Eucaristía—, en la Palabra proclamada y acogida, y de manera inseparable, en el encuentro con los demás, especialmente con los más necesitados. Estas dimensiones no pueden separarse, ya que forman parte de una misma experiencia de fe que integra la relación personal con Dios y el compromiso concreto con el prójimo.

El papa Francisco, en *Evangelii Gaudium*, invita a renovar el encuentro personal con Jesucristo, un encuentro que permite levantar la cabeza y volver a empezar. Este encuentro con Cristo devuelve **la alegría** incluso en medio de las dificultades de la vida cotidiana y en las pequeñas cosas. Aunque las circunstancias puedan ser duras y dolorosas, siempre permanece un brote de luz: el encuentro con Cristo, que abre un nuevo horizonte y da sentido a la existencia. Jesús se hace presente en los escenarios y desafíos concretos de la vida, y llama a sus discípulos a salir de la comodidad para ir al encuentro del otro. Por ello, cultivar una relación viva con Dios es fundamental, ya que Él es la fuente de nuestro caminar y nos conduce al encuentro con el hermano que nos necesita, reconociendo siempre la dignidad de todo ser humano y asumiendo actitudes de acogida, acompañamiento, paciencia y perseverancia.

La oración y la participación en la Eucaristía son los espacios privilegiados donde se cultiva esta relación viva con Dios. En la oración, el creyente aprende a escuchar la voz de Dios y, al mismo tiempo, a escuchar con mayor profundidad la voz de los demás. La oración auténtica transforma la mirada interior y dispone el corazón para reconocer el dolor, las necesidades y las esperanzas del prójimo. La Eucaristía, por su parte, introduce al creyente en una comunión profunda con Dios que no lo encierra en sí mismo, sino que lo une a Cristo y a la comunidad. Al participar del mismo Pan, los fieles son formados como un solo cuerpo y enviados a vivir la caridad en el mundo.

Por esta razón, no puede existir una verdadera vida eucarística sin un compromiso real con la vida comunitaria y con la transformación de la realidad. La Eucaristía educa la sensibilidad cristiana, libera de la indiferencia frente al sufrimiento ajeno y desperta una responsabilidad concreta hacia los demás. Celebrar la Eucaristía implica dejarse transformar por el amor que Cristo ofrece y permitir que ese amor se traduzca en gestos concretos de servicio.

El Evangelio del juicio final (Mt 25, 31–46) ofrece una clave fundamental para comprender esta integración entre fe y vida. En este pasaje, Jesús presenta el criterio último del juicio: el amor concreto al prójimo. El Hijo del Hombre se identifica con el hambriento, el sediento, el forastero, el desnudo, el enfermo y el preso. El juicio no se centra en prácticas religiosas aisladas, sino en

la capacidad de reconocer a Cristo en las necesidades reales de los otros. Jesús deja claro que no podremos excusarnos diciendo “no te vimos”, porque Él mismo se hace presente en el rostro del necesitado.

Este texto evangélico se conecta con otras enseñanzas de Jesús, como la parábola de las vírgenes prudentes y la de los talentos, que invitan a estar vigilantes, a no acomodarse y a poner los dones recibidos al servicio del bien común. Mt 25 muestra que la fe auténtica se verifica en la vida cotidiana: lo que se cree, lo que se celebra y lo que se vive forman una unidad inseparable. La oración y la Eucaristía encuentran su plenitud cuando se prolongan en obras de misericordia.

Desde esta perspectiva, la piedad cristiana y la sanación interior también están profundamente relacionadas. Al abrirnos al amor de Dios en la oración y en los sacramentos, el corazón herido comienza a sanar. Esa sanación interior no se queda en el ámbito personal, sino que capacita al creyente para salir de sí mismo y servir al prójimo con mayor libertad y compasión.

Aplicación personal y pastoral

A la luz de esta reflexión, reconozco que Dios me invita a un cambio concreto en mi vida espiritual y en mi ministerio pastoral. Me siento llamada a integrar de manera más perseverante la oración y la Eucaristía con el acompañamiento pastoral que realizo. De forma concreta, me comprometo a dedicar más tiempo y constancia a la oración, presentando ante Dios las necesidades y las historias de las personas que encuentro en mi camino, y acompañándolas con mayor conciencia en sus procesos de sanación espiritual y física. Reconociendo mis propios límites, confío en que la oración y la Eucaristía me fortalecen para ser un instrumento imperfecto que busca mirar a los demás con la mirada y el corazón de Jesús.